

MÁLAGA, PIONERA EN LA CURACIÓN DE LOS CÓLICOS NEFRÍTICOS. UNA LITOTRICIA EN 1800

Elías de Mateo Avilés

Vicepresidente de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo

EL “MAL DE PIEDRA”. LOS CÁLCULOS RENALES Y SUS TRATAMIENTOS A LO LARGO DE LA HISTORIA

Uno de los problemas de salud más dolorosos que la humanidad ha arrastrado desde el principio de los tiempos ha sido el de la formación de cálculos (piedras) en los riñones y sus secuelas: los cólicos nefríticos producidos cuando llega a obstruirse la salida del riñón o de la vejiga (Fig. 1). Quizás el primer caso constatado por la arqueología sea el cálculo renal encontrado en una momia egipcia y datado 3.000 años antes de Cristo.

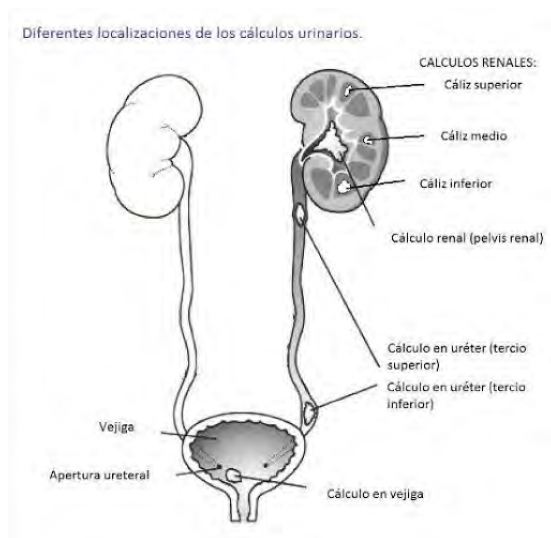


Figura 1. Piedras en el riñón y la vejiga.

Más adelante, los médicos griegos y romanos, especialmente las grandes figuras de Hipócrates (460-370 a. C.) y Galeno (129- 216 d. C) describirán en sus escritos esta enfermedad, apuntando sus posibles causas. Pero fue Aulo Cornelio Celso (25 a. C.- 50 d. C.) el primero que propuso, como solución, la cirugía: una litotomía a través de una talla perineal. Consistía en una operación de cirugía abierta, para extraer los cálculos renales que solo se practicaba en casos desesperados. Casi siempre daba como resultado la muerte del paciente

bien por hemorragia masiva o por una infección generalizada.

Será la medicina musulmana la que aporte un importante adelanto en el tratamiento de esta enfermedad. El cirujano cordobés Abulcasis (936-1009), trató esta dolencia con lo que hoy consideraríamos “cirugía mínimamente invasiva”. Su técnica sólo resolvía los cálculos que habían quedado retenidos en la vejiga (Fig. 2). Aplicaba una “litotricia endoscópica ciega” mediante la introducción, a través de la uretra, de un aparato que denominó “mashaba rebilia”, que fragmentaba el cálculo (la piedra) y permitía su expulsión.

A partir del Renacimiento, diversos cirujanos y médicos europeos retoman y perfeccionan las técnicas de cirugía abierta para solucionar este problema en casos muy graves y con cálculos de gran tamaño. Así el francés Pierre Franco (1500-1578) desarrolla la técnica de la talla supra púbica y el español Francisco Díaz de Alcalá (1527-1590) publicó, en 1588 (Fig. 3), el *Tratado de las enfermedades de los riñones, vejiga y carnosidades de la verga y orina*, donde propugna la técnica de la uretrotomía interna, es decir, agrandar quirúrgicamente el conducto de la uretra para facilitar la expulsión de cálculos.

Durante el siglo XVIII los avances de la química y, tímidamente, de la farmacología, llevaron a los médicos a prescribir el empleo, vía oral, de sales alcalinas y de carbonato potásico para ayudar a disolver las piedras del riñón, además de recomendar dietas para evitar su aparición y crecimiento.

Luego, durante los siglos XIX y XX con el nacimiento y consolidación de la medicina científica actual, los avances en este campo se sucedieron de manera vertiginosa.

En la actualidad se practican tanto las intervenciones con endoscopia hasta la litotricia extracorpórea por ondas de choque, sumergiendo al paciente en la famosa piscina.

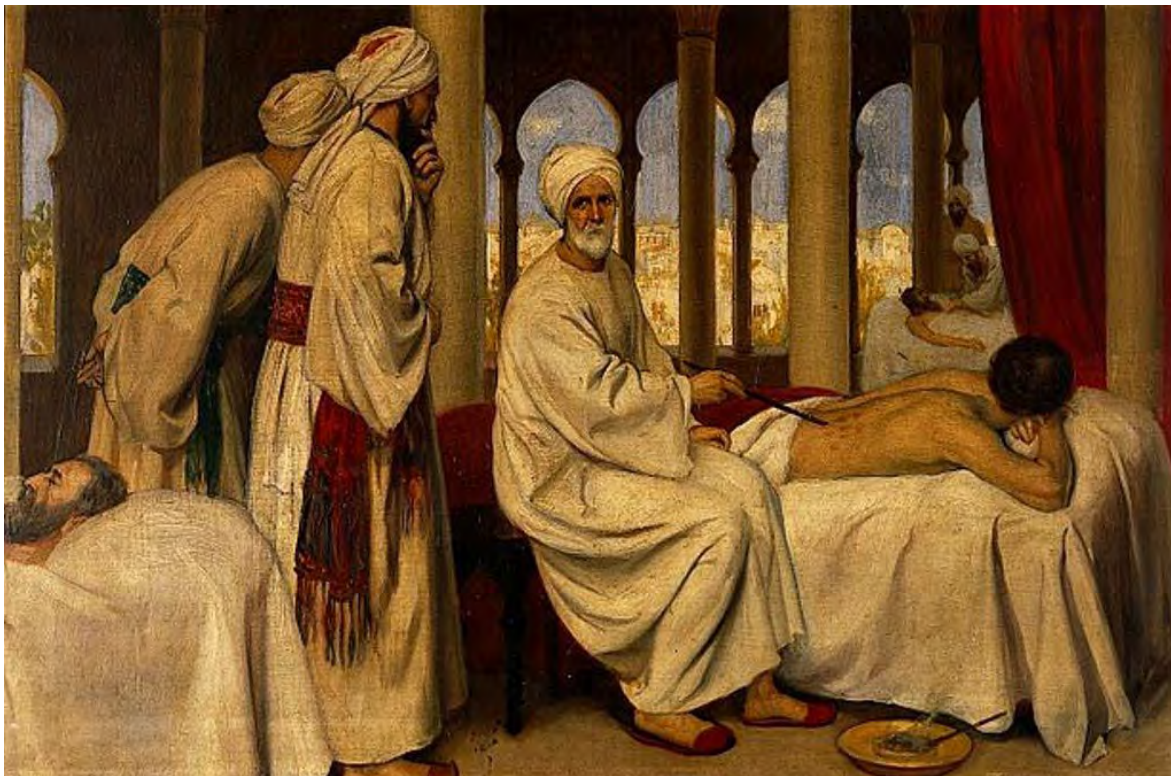


Figura 2. Abulcasis de Córdoba practicó la primera litotricia endoscópica en el siglo X.



Figura 3. Francisco Díaz describió la técnica de la uretrotomía en 1588.

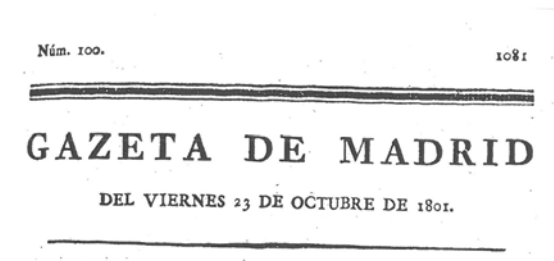
Actualmente, la cirugía abierta queda reservada a los casos de cálculos de gran tamaño o que resisten el tratamiento fragmentador por ondas de choque.

UNA INNOVADORA LITOTRICIA APLICADA POR EL CIRUJANO MALAGUEÑO BARTOLOMÉ RODRÍGUEZ AL PÁRROCO DE CHURRIANA ANTONIO PONCE DE LEÓN

España durante los siglos XVI, XVII y XVIII no permaneció ajena a los avances científicos y médicos, contrariamente a la imagen tradicional y estereotipada difundida, sobre todo por los países del norte de Europa. Recientemente se ha puesto en valor, por ejemplo, la Real Expedición Filantrópica de la Vacuna, promovida por el médico español Francisco Javier Balmis que llevó a cabo la primera campaña mundial de vacunación contra la viruela entre 1803 y 1806.

Pues bien, unos años, antes, en 1800 (Fig. 4), un hasta ahora desconocido cirujano malagueño, Bartolomé Rodríguez, aplicó con éxito una técnica de su invención para curar el entonces llamado "mal piedra", los cálculos renales de gran tamaño retenidos en la vejiga y

que amenazaban la vida del entonces párroco de Churriana, Antonio Ponce de León. Esta experiencia y tratamiento se publicó, con todo detalle en la *Gaceta de Madrid*, el 23 de octubre de 1801:



“D. Antonio Ponce de León, de 65 años de edad, Cura de la parroquia de Churriana, quien por tiempo de más de 15 años arrojaba con frecuencia piedras de diferente volumen y figura, que motivaban orinas ensangrentadas, y otros accidentes propios de aquel mal. A fines de noviembre de 1800 padeció retención total de orina con dolores agudísimos, y gran inquietud. Vino a su socorro D. Bartolomé Rodríguez, cirujano en la ciudad de Málaga, distante legua y media de aquella población. Habiendo precedido los remedios conocidos para estos casos, consiguió que, con la aplicación de la sonda de plata, arrojase el enfermo 7 cuartillos de orina mezclada con porciones de sangre. Se mitigaron los síntomas, y la algalia (catéter) permaneció puesta, inyectando por ella un cocimiento de malvas y cebada. A los 4 días quitó aquella cánula, y aplicó otra de goma elástica, introduciendo por esta una mixtura compuesta de media onza de jabón blanco disuelto en dos de espíritu de vino, una de ácido de limón, y medio cuartillo del citado cocimiento. Cada 12 horas cuidaba de dar algunos ligeros golpes con la sonda de plata sobre la piedra; hacía dos o tres inyecciones, que se retenían algunos minutos, y la elástica permanecía constantemente puesta. Se notaron algunas arenas en la orina, aumentó la cantidad del ácido hasta dos onzas, y al octavo día se advirtió gran porción de un barro sumamente pegajoso, que detenido el conducto de aquel instrumento, impedía que saliese la orina: con este motivo mudó de cánulas, siguiendo las inyecciones, y el agua de maíz por bebida. A

los 20 días desaparecieron las arenas, y las orinas se notaron cargadas de un cieno, ya cenizoso, ya blanco, con un olor notablemente desagradable. A los 40 salió la orina limpia, cesó el uso de aquellos remedios, y continuó el de la leche de burra y baños. A los dos meses, el sacerdote se presentó en la calle sin la menos indisposición, bien nutrido, y capaz de cumplir con su ministerio, que ha servido hasta el presente. El facultativo propone esta observación con el fin interesante de dar ocasión a los prácticos para el uso de aquella combinación, cuyo resultado (que conocen los instruidos) podrá disolver, según lo observado, las piedras de un volumen mayor que el que permite para su expulsión la uretra, consiguiéndose por este medio la salida de aquellos materiales desunidos, y el gran beneficio de evitar en todos o los más de estos casos una operación, que es sangrienta por lo menos y dolorosa. No duda que por aquel remedio ayudado de los demás practicados, se pueden substituir otros de igual eficacia; pero siendo el experimentado tan ventajoso, sencillo y fácil, sin la menor incomodidad, parece inútil pensar por ahora en otras composiciones.”



Figura 4. En 1800 Málaga era una ciudad dinámica gracias a la viticultura, el comercio con América y a las reformas ilustradas.